

## DISCURSO DE BIENVENIDA “PALABRAS PARA VENEZUELA” 2004

JUAN CARLOS ESCOTET

### Lunes 10 de mayo de 2004

Muy buenas noches a todos. En nombre del universo humano y productivo que es Banesco, me refiero a los clientes, a quienes trabajamos en esta organización, y a los innumerables aliados que hacen posible nuestra gestión de todos los días, me corresponde testimoniar nuestra palabra de gratitud, pero más que eso, tender hacia cada uno de ustedes nuestra acogida, nuestra bienvenida abierta, cálida y emocionada.

Este espacio, esta casa, si ustedes me permiten llamarla así, les pertenece. Ha sido dispuesto y organizado, no sólo para albergar a un equipo de trabajo que presta servicios, sino para mostrar una actitud, una manera de pensar y una vocación para actuar en el espacio público.

Ciudad Banesco resume un pensamiento y una manera de entender nuestra ciudadanía corporativa. Éste edificio habla de disposición a los demás; de apertura hacia todos aquellos que quieren conversar; de respeto y reconocimiento hacia la comunidad a la que ahora nos hemos incorporado. Esta estructura quiere ser reflejo de una actitud de intercambio con la sociedad a la que servimos, y de una voluntad firme de actuar bajo los parámetros de la transparencia.

Como ustedes bien saben, esta noche tenemos el privilegio de tener entre nosotros a dos ciudadanos del mundo, Oscar Arias y Mikhail Gorbachev. Hay en estos dos hombres extraordinarios algunos significativos datos en común. Por supuesto, sus respectivas historias, cada una con sus innumerables episodios, sus relatos magníficos y personales, sus aprendizajes y sus hitos, son sustantivamente distintas.

Pero hay en los dos, en la trayectoria vital y pública de un hombre nacido en Heredia, pueblo de Costa Rica; y en el recorrido y alcance de otro nacido en Privolnoye, región de Stavropol en la lejana Rusia, un hilo tendido entre ambos que, por encima de todas las diferencias que es legítimo reconocer, los vincula a una mancomunidad, a un lazo espiritual que los hace fraternos y sujetos de una misma sustancia: la de los hombres que han luchado en contra de las dificultades para restituir el camino del diálogo perdido. Ambos fueron reconocidos con esa enorme distinción que es el Premio Nobel de la Paz. Arias en el año 1987,

Gorbachev en el año 1990. En las circunstancias más complejas y tensas, no una vez sino muchas veces, obsecuentes de la vida y la convivencia, en permanente vigilia frente a fuerzas que desconocen e irrespetan la diversidad y la diferencia, los dos apelaron al diverso arsenal con que cuenta la racionalidad de los hombres y las instituciones, y aportaron lo mejor de sí para la construcción de la paz.

Justamente porque la lucha de Arias y Gorbachev no ha terminado, porque la paz del mundo está todavía muy lejos, ubicada en un más allá al que todavía no alcanzamos con nuestros instrumentos de prospección, es que les pedimos que aceptaran venir a nuestra tierra a compartir algunas de sus experiencias y aprendizajes.

Cada día parece ser más frecuente la presencia de la interrogante que se refiere a si la civilización efectivamente avanza. Si la duda es legítima y fundamentada, mucho más lo han de ser los impulsos que se proponen desencadenar el progreso moral en todas sus posibles dimensiones humanas y sociales.

Una somera mirada al mundo de hoy, a nuestro pasado más reciente y a nuestro inquietante tiempo presente, nos indica que no siempre las alternativas a la violencia se encuentran en la visión y al alcance de los grupos en conflicto.

Lo que hoy sabemos mejor que ayer, y que mañana seguramente entenderemos con una mayor comprensión, es que las razones que nos separan de un mundo más tolerante y bondadoso, son tan complejas, entretejidas y profundas, que la mayoría de las veces permanecen ajenas a lo que vemos, a los que sentimos y a lo que sabemos.

Es como si la naturaleza de los males sociales fuese a incubarse y crecer en silencio, siempre soterrados, bajo la tierra, bajo la piel, detrás de la mirada, en los lugares más opacos y replegados de la superficie de los asuntos públicos. También es posible que no seamos capaces de reconocer la presencia de la desdicha en sus primeras etapas y gestos, sino cuando ella nos sobreviene como problemática de gran magnitud.

Se ha dicho que el balance del siglo veinte es negativo, cuando no catastrófico. Se han clasificado los éxitos más significativos, y se los ha contrastado con las pequeñas y grandes derrotas de la civilización. La balanza, según la coincidencia de muchos hombres con capacidad de juicio, se inclina demasiado hacia el lado en el que los conflictos parecen desvirtuar cualquier gesto magnífico y glorioso de la sensibilidad o la virtud de los hombres.

Que el siglo veintiuno logre un mayor estatuto para el respeto por los demás, he aquí una promesa que podría ser suscrita no sólo por los ciudadanos del mundo, sino también por todas sus instituciones, por sus proyectos y sueños.

De las muchas sugerencias que los historiadores nos han formulado, cabe, si me lo permiten, detenernos en una: el costo para la sociedad que ciertos silencios tienen en el mundo contemporáneo.

En un ambiente dominado por principios o comportamientos como una alta volatilidad de los procesos, una incertidumbre extendida sobre la mayoría de los temas comunes, y una tendencia a la aparición súbita, y a veces volcánica, de escenarios de confrontación intensa, es posible que la gestión de muchos para remover la neutralización de la violencia sea la respuesta cuya pertinencia podría ser útil discutir.

Banesco es sólo una empresa que se ha acogido con alta convicción a un ideario de responsabilidad social. Nos anima la premisa de que también las empresas pueden ejercer la opción de proponer proyectos, nociones, pensamientos al resto de la sociedad. Es decir, partimos de la idea de que a todas las organizaciones, en una u otra medida, les corresponde poner en circulación acciones o discursos capaces de aportar nuevos sentidos o direcciones, a la compleja y diversa búsqueda de soluciones que todos anhelamos.

Cuando decimos responsabilidad social hablamos de un ejercicio permanente de reconocimiento de la realidad que nos rodea y del concienzudo análisis que hacemos para definir una respuesta significativa y eficaz.

Responsabilidad social es una disposición al cambio, a los nuevos signos que aparecen en el horizonte, un oído aguzado para escuchar a las voces que, aunque todavía muy lejanas, se aproximan a nosotros. Constituye no sólo la disciplina que tiene como su norte el hacer las mejores cosas para los demás, sino que es la aparición y fortalecimiento de una noción mayor y más sólida de ciudadanía corporativa: un sentido de responsabilidad hacia el mundo que está fuera o más allá de las fronteras de la empresa. Responsabilidad Social quiere decir que nos importan las cosas que están ocurriendo en Venezuela y en el mundo. Que tenemos el empeño de estar próximos al pulso de los intereses y las preocupaciones de las personas. Que nos permitimos, con el mayor respeto ante cada uno de ustedes, sugerir el intercambio y debate de las ideas como el más alto propósito que los hombres y las instituciones pueden adherir en este complejo momento de nuestro país y del resto del planeta.

Cada quien desde sus posibilidades, con sus energías y una evaluación de sus respectivas capacidades. Cada quien en su lugar, sin abandonar la misión y la responsabilidad que le corresponde, manteniendo siempre el ánimo y la ruta a sus objetivos, todos tenemos las ventanas y las posibilidades para trabajar a favor del respeto y la dignidad.

Lo esencial, eso creo, es que cada ciudadano, institución o causa, con la mayor firmeza y la mejor visión posible, no debe despegarse, no debe alejarse, no debe distraerse de lo que es su proyecto natural y principal. Hay que mantener a raya a las fuerzas que nos llaman a la dispersión. Concentrados, productivos y dedicados a nuestros proyectos, cada quien desde su específico lugar en la sociedad, podrá contribuir a multiplicar un sentido amplio y masivo de solidaridad hacia los demás.

De eso se trata y no de mucho más. De puntuales, específicos y permanentes aportes a la convivencia, especialmente si tenemos la percepción de que hemos aprendido que las fuerzas que abonan a favor de las diferencias, las desigualdades, los prejuicios y el desacuerdo, trabajan de forma intermitente, tanto en el espacio de la vigilia como en los momentos en que nos devolvemos a lo más privado de nuestras vidas.

Contribuir a crear una cultura de la paz bien podría ser la más elevada consigna de la responsabilidad social ejercida por todas las instituciones activas. Pero ello requiere de todos la disposición a revisar nuestra predisposición al hábito de escuchar.

Atender a lo que nos trasciende; oír las voces de los demás, especialmente de aquellos a quienes sentimos muy distintos a cada uno de nosotros; caminar y transcurrir con la mirada atenta en lo que nos rodea; desconfiar de nuestras conclusiones más inmediatas y frecuentes; valorar cada ocasión que la vida nos dispensa de ayudar a los demás; preguntarnos sobre el nivel de permeabilidad en que transcurren nuestras diligencias por el mundo.

Vivimos en una atmósfera de grandes desigualdades y desproporciones. En un extremo de esa tensión, es comprensible que alguien que vislumbre la inmensidad de los problemas, concluya que es poco lo que puede hacerse para cambiar el destino de las cosas.

Puede haber muchos indicios para pensar en lo titánicas que son las soluciones al malestar del planeta. Más sin embargo, la realidad nos señala que cualquier esfuerzo individual o colectivo, por pequeño que sea en apariencia, podría constituirse en el desencadenante de grandes transformaciones colectivas.

Nosotros los hemos invitado esta noche bajo la luz de una limpia convicción: es altamente posible que la experiencia de escuchar a dos ciudadanos experimentados nos enriquezca, nos llene de nuevos e inquietantes pensamientos, y que al salir de aquí, una nueva energía, una nueva resolución, algunas nuevas ventanas se nos abran para aportar a la tolerancia y a la convivencia.

Esta es su casa. Sean todos bienvenidos.

Juan Carlos Escotet R